

El pequeño prodigio

JAVIER RODRIGO RUIPÉREZ

Manolín nos iba a sacar las castañas del fuego. Como lo oyen. Quizás fuera la nuestra una postura egoísta o, cuando menos, un poquito injusta con el pequeño prodigio, pero, ¿quién es el guapo que se atreve a ponerle puertas a la esperanza?

Desde que tuvo uso de razón, y parece que la listeza le llegó así, de golpe, Manolín cambió la pelota de goma por un libro de matemáticas, la peonza, por una calculadora, y las lagartijas, por los logaritmos neperianos. Casi daba miedo verle por los caminos cuando apenas levantaba un palmo del suelo y se dirigía feliz –he dicho bien: “feliz”– a la escuela del pueblo.

Eran incontables las anécdotas y sucesos que se contaban de Manolín y su portentosa capacidad para los estudios. Se decía que en sus últimos años de colegio corregía constantemente las explicaciones del maestro, don Mario, y que éste, rindiéndose a la evidencia, le cedió su puesto en la tarima en algunas clases. Otros afirmaban que los libros de texto de su edad se le habían quedado pequeños y a escondidas se preparaba para ser ministro, secretario de estado, rector o cualquiera de esos oficios que conceden prestigio y riqueza a comarcas enteras.

Por fin nos sonreía la fortuna. En el pueblo veíamos a Manolín crecer y aprender sin esfuerzo aparente con el mismo brillo codicioso en los ojos del granjero que observa cómo engordan sus cochinos y no ve en ellos sino jamones, chorizos, cintas de lomo, chuletas y tocinos. En definitiva, dinero y prosperidad. De esta forma asistíamos a los progresos académicos del niño, expectantes, ilusionados con su éxito, que era el nuestro. Y es que son innumerables los beneficios de todo tipo que se derivan del hecho de contar con un paisano que alcanza las glorias de una gobernación civil, por ejemplo, y de una dirección general de caminos y puertos, más todavía.

Manolín desempeñaba el papel protagonista en aquella tragicomedia rural con un estoicismo que acrecentaba nuestro convencimiento en que el chico llegaría lejos en la vida. Tal fortaleza de carácter y la rectitud moral que evidenciaba su actitud no podían sino auparle en volandas hasta la cúspide a la que sólo acceden unos pocos elegidos.

Las matemáticas, la física, la geografía, la química... nada suponía un obstáculo para su intelecto prodigioso. Sus conocimientos en todas las materias impartidas en la escuela, y aun en otras cuestiones que a nadie en su sano juicio se le ocurriría enseñar a un niño y que él estudiaba por su cuenta, no podían medirse con los criterios tradicionales, con una nota entre el 0 y el 10. Don Mario se limitaba a garabatear las matrículas de honor en su cuadernillo antes de comenzar cada curso y después procuraba aprender de lo que Manolín contaba en los exámenes, de su álgebra avanzada, de sus impecables descripciones de los procesos físicos y químicos, de sus sorprendentes pero ajustadas interpretaciones de los acontecimientos históricos. El maestro guardaba incluso en una carpeta algunos de sus ejercicios más brillantes en la seguridad de que esos documentos tendrían un valor cuando su pupilo se sentase en el trono más elevado del Olimpo de los triunfadores.

Manolín era envidiado pero respetado por sus compañeros de clase. El jamás se permitió un desprecio, un mohín impertinente o un gesto de superioridad hacia ellos. Les trataba con deferencia, les ayudaba en lo posible en los estudios, pero nunca dejó que su abrumadora superioridad intelectual fuera demasiado evidente. Con sus padres era cariñoso y les ayudaba en las colmenas cuando sus ocupaciones se lo permitían. Hasta bien mayor fue de la mano de su madre a oír misa y el padre Braulio, al verlo entrar en la iglesia tan repeinado, tan alegre, con esa inteligencia tan grande que le rezumaba por los poros de la piel, se lo imaginaba vestido de obispo o, por qué no, de púrpura cardenalicia. Ninguna meta era descabellada para el pequeño genio.

Los padres de Manolín recogían ya los primeros frutos de una cosecha que aún estaba por madurar. Las gentes de campo nos deberíamos haber dado cuenta de que ese proceder no puede llevar jamás a buen término, de que no se debe vender la piel del oso antes de cazarlo, pero rozábamos ya la prosperidad soñada con la punta de los dedos y la avaricia nublaba nuestro entendimiento.

Nada se negaba a la familia del niño, ningún favor se quedaba sin atender, nunca dejó de aflorar una sonrisa o un cumplido a los labios de los vecinos cuando trataban con quienes tenían la fortuna de estar emparentados con Manolín. Incluso su hermana Leticia, fea y desabrida donde las haya, gozaba de gran predicamento en la escuela, donde en otras circunstancias se habría reconcomido en soledad presa de su carácter insufrible. Cualquier sacrificio se daba por bueno con tal de no descolgarse del carro que conducía a la tierra prometida, y al pescante del carro iba sentado el pequeño Manolín. Quien prestaba un apero de labranza a su padre pensaba en una recalificación de terrenos que el hijo conseguiría sin dificultad cuando las llaves del poder estuvieran en su mano. Quien llamaba a su puerta con una tarta de manzana o una botella de buen vino lo hacía para asegurar un trabajo en el futuro a un hijo un poco tonto y mal estudiante. Los favores, los agasajos, eran inversiones en una empresa de alta y rápida rentabilidad.

La marcha imparables de Manolín en los estudios prosiguió sin sobresaltos al tiempo que su cuerpo se adaptaba progresivamente a los requerimientos de quien ha de pasearse con orgullo por los pasillos de una universidad. Un bigotito al estilo de los censores jurados de cuentas se instaló bajo su nariz afilada, unas patillas pobladas dignas de un salvador de la patria enmarcaron su rostro inteligente y una alopecia prematura anunció el inminente

aterrizaje sobre su coronilla del birrete de los respetados, la gorra de plato de los poderosos o la mitra de los preladados.

Y llegó por fin el día en que Manolín cumplió los 18 años y tuvo que partir hacia la capital para examinarse en la prueba de acceso a la universidad. La concesión del premio extraordinario del Ministerio de Educación al mejor expediente académico del país había sido recibida en el pueblo días atrás con la misma naturalidad con que se espera que las cerezas maduren en los árboles en verano y caigan al suelo por sí solas. Los planes de estudio de Manolín para la universidad tampoco nos defraudaron: Ciencias Políticas y Derecho al mismo tiempo. Ahí es nada. Sólo el padre Braulio sintió cierta desilusión al comprobar que la Teología no parecía despertar el interés del muchacho y que, por tanto, él mismo nunca conseguiría franquear las puertas del Vaticano con el donaire de los protegidos.

Los días anteriores a la partida de Manolín fueron de un exacerbado nerviosismo colectivo. Quien sugería que quizás se estaba presionando demasiado al chaval era despedido de la conversación con viento fresco. Nadie dudaba o se atrevía a dudar que el genio haría el mejor examen del país, del mundo, de la historia de la humanidad. Él, mientras tanto, permanecía día y noche enclaustrado en su habitación para repasar las asignaturas. Las vecinas le llevaban miel y polen de abeja para aclarar su mente y reforzar su memoria.

La mañana de su partida, el pueblo entero se congregó en la estación de tren para despedirle. La banda municipal interpretó un himno compuesto expresamente para la ocasión y el alcalde pronunció un discurso con el tono de los presidentes de repúblicas bananeras en el que se exaltaban las virtudes reales e imaginarias del que hasta entonces conocían como Manolín y que pronto llamarían don Manuel. Los viajeros del tren se preguntaban qué alto mandatario o personalidad se disponía a subir al vagón, pero sólo acertaban a ver en el ojo del huracán a un muchacho abrumado con un traje de pana marrón y una maleta de cuero al que una muchedumbre abrazaba y palmeaba la espalda. Cuando el tren se puso en marcha, los vecinos le despedimos agitando nuestros pañuelos blancos.

Manolín no hizo el examen de acceso a la universidad. Es más, nunca regresó al pueblo, donde aguardamos durante semanas con el alma en vilo a tener noticias suyas. Sus paisanos nos hacíamos cruces tratando de imaginar la causa de su tardanza, sus padres creían morir ahogados por una incertidumbre no exenta de vergüenza.

La policía terminó por resolver el misterio: Manolín había ingresado en una comparsa de titiriteros ambulantes y no pensaba volver jamás a su casa. Se había casado con una mujer barbuda y era feliz recorriendo el mundo en un carronato desvencijado.

Las leyendas sobre Manolín el Estudioso traspasaron las fronteras del pueblo y se contaron a media voz en toda la comarca. Se decía que en el armario de su cuarto sus padres hallaron objetos sorprendentes como unas maracas, una gallina hinchable, un traje de faralaes y un látigo, con los que, al parecer, el chaval se entretenía en sus ratos de ocio. Se daba como cierto que de su matrimonio con la mujer barbuda habían nacido tres niños enanos con los que ofrecía de pueblo en pueblo un espectáculo de mucho éxito titulado "Don Manuel y los pitufos saltarines". Mil y una historias increíbles se narraron del que, al fin, logró ser el personaje más famoso de todo el valle.

BIO-BIBLIOGRAFÍA

Javier Rodrigo Ruipérez nació en Pamplona el 2 de mayo de 1967 y cursó sus estudios de EGB, BUP y COU en el colegio de Santa María la Real de los Hermanos Maristas. Entre 1985 y 1990 estudió la carrera de Ciencias de la Información en la Universidad de Navarra. Un año antes de finalizar la carrera, en febrero de 1989, comenzó a trabajar en la delegación de la Agencia Efe en Pamplona como periodista deportivo, en cuya plantilla se integró en 1993 y donde continúa prestando sus servicios como redactor.

En octubre de 1995, ganó el Premio a la Creación Literaria del Gobierno de Navarra con su primera novela, titulada “El ilusionista”, obra por la que también fue galardonado en 1996 con el Premio Francisco Ynduráin de las Letras para Escritores Jóvenes del grupo de cultura popular Bilaketa.

Desde entonces, ha escrito otras dos novelas, “Alguien te escribe” y “Froilán el aventurero”, así como un libro de cuentos, “La aldea perdida”, del que se ha extraído este relato breve. A pesar de sus empeños en presentarse a cuanto concurso literario se convoca en el país y de contactar con las más variadas editoriales, estas dos últimas novelas y el libro de cuentos continúan inéditos.